

# EL MUSEO COMO CASA DE LOS COMUNES

Nuevas tecnologías y nuevos patrimonios

ANTONIO LAFUENTE

**E**n una de las escenas más impactantes de *Las invasiones bárbaras* (2003), la película con la que Denys Arcand triunfó en Cannes y cosechó el Oscar a la mejor producción extranjera en 2004, se nos muestra a un sacerdote que trata con una joven anticuaria americana la venta de candelabros, altares, óleos del Sagrado Corazón y yesos de vírgenes policromadas, entre otros objetos religiosos que se amontonan desordenadamente en los sótanos del arzobispado de Montreal. Y es que, explica el guionista, el descenso de la religiosidad forzó el cierre de muchos templos y la necesidad de vender los excedentes para poder mantener el resto. La marchante, sin embargo, responde con frialdad que el mercado americano está saturado de objetos de culto franceses y que sólo tendrían salida los cálices del siglo XVIII. En definitiva, que aquellos objetos de culto habían dejado de engrosar el patrimonio y se habían convertido en una bagatela difícil de gestionar.

La anécdota admite variadas interpretaciones. No han faltado quienes la usan para lamentar la pérdida de valores en una sociedad que sólo aprecia las cosas por lo que cuestan. Otros piensan que Denys Armand quería llamar la atención sobre el estado de semiabandono en el que puede caer el patrimonio encomendado a la Iglesia católica. Pero hay más alternativas. Nosotros creemos posible otra mirada sobre aquella bodega repleta de objetos otrora venerables y hoy arrinconados. ¿Qué pasaría si la escena nos mostrara un zaguán de cosas traídas de algún poblado de África, el continente de los exploradores y los etnógrafos, el exterior preferido por los guionistas de *National Geographic*? Los bárbaros reaccionarían igual y, seguramente, sólo querrían rescatar (reintroducir en el mercado) las máscaras sacrificiales. ¿Qué hacer con el resto? ¿Adónde enviar los copones

de plata y los frascos de ébano? Porque, aunque nadie discuta el valor etnográfico de los objetos de culto canadienses o de la civilización africana, lo cierto es que tampoco son muchos los que aprecian (están dispuestos a pagar) su calidad artística. Tal vez el patrimonio religioso sea el pretexto utilizado por Armand para introducir una reflexión más general. Puede que detrás de la ironía se esconda una advertencia o, más probablemente, una premonición. En todo caso, nada nos impide imaginar como verosímil un destino parecido para la gran mayoría de los objetos que se conservan en muchos de nuestros costosos museos de arte. Y no sólo hablamos de los de pintura o escultura. Tampoco estamos pensando en el impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (las llamadas TIC), que permitirán poner en circulación no sólo los objetos y sus intérpretes, sino también los detalles más nimios, las restauraciones menos conocidas y las conexiones más asombrosas. ¿Querrá alguien ir al museo o, como se les llama ahora, centro de arte *lo que sea?*, ¿seguirán los museos teniendo claras sus funciones? Porque habrá que reconocer que, cuanto mayor es su número, menos obvia es su dimensión patrimonial y más evidente resulta su función mercantil e industrial.

Dejemos a un lado la pintura y pensemos en las colecciones de rocas, mariposas, plantas, ingenios, huesos, monedas, cerámicas, meteoritos, mapas, planos, exvotos, ceroplastias, conchas, anencéfalos en alcohol o en las maquetas de máquinas, urbanas y anatómicas. ¿Qué hacen todos estos artefactos en un museo? ¿Sobrevivirán otro siglo en anaqueles visibles o acabará pasándoles lo que al patrimonio católico *québécois*? Dejemos por el momento la segunda pregunta en el aire. Para la primera vamos a apresurar una respuesta que anuncia ya el conteni-

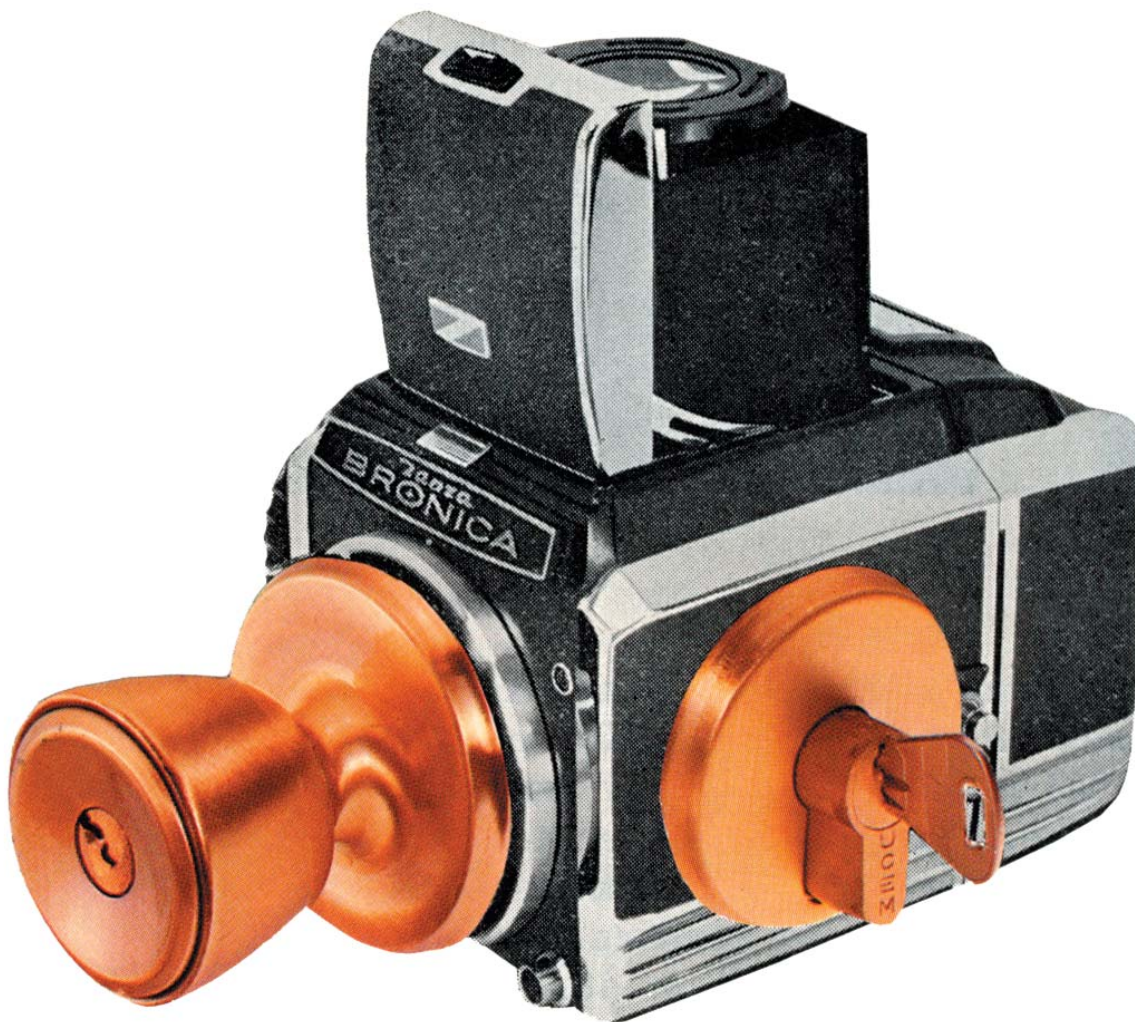
do de nuestra intervención<sup>1</sup>. Todos esos objetos que hemos mencionado llegaron al museo como testimonio de una cultura nueva que por su naturaleza misma pertenecía a todos y no era de nadie. Eran expresión fehaciente del ensanchamiento de la esfera de lo público, y por eso hemos hablado en el título del museo como casa de los comunes. Los comunes, sin embargo, sufrieron en toda Europa un paulatino proceso de cerramiento que les convirtió en patrimonio público, una transformación que disolvió su primera naturaleza abierta y que les condujo hacia el régimen propietario de gestión<sup>2</sup>. Fueron entonces insertados en el imaginario colectivo como objetos pertenecientes al Estado y sometidos, en consecuencia, a todos los vaivenes de las retóricas identitarias, incluidas la nacionalista. El problema es que como parte de la identidad nacional es imperceptible su origen como bien comunal, una circunstancia que creemos explicaría la crisis que afecta desde hace más de dos décadas a los museos, especialmente los nacionales, y de ahí la necesidad de reinventar su función como casa de los comunes.

Para desarrollar nuestro argumento hemos dividido la exposición en tres partes. En la primera discutiremos la profunda relación existente entre patrimonio y tecnología. En la segunda exploraremos la noción de museo como casa de los comunes. En la tercera, ya concluyendo, mostraremos en qué medida la diferencia

---

<sup>1</sup> El texto se corresponde con la conferencia inaugural de la VIII Jornadas de Museología (Museo Arqueológico de Alicante, 25-27 de noviembre de 2004), organizadas por la Asociación Profesional de museólogos de España. Mi más sincero reconocimiento a María Mariné, Eugenia Mazuecos, presidenta y secretaria respectivamente de la APME.

<sup>2</sup> James Boyle, "The Second Enclosure Movement and the Construction of the Public Domain", está publicado con licencia *Creative Commons* y es accesible en <http://www.law.duke.edu/pd/papers/boyle.pdf>



que existe entre bien común y bien público debería afectar a la propia concepción de museo.

### Tecnología y patrimonio

Nuestro mundo vive obsesionado con las problemáticas asociadas a la gestión del tiempo, incluidas las que hunden sus raíces en la historia. Implícita o explícitamente se nos dice machaconamente que explicar algo es contar una historia, y cuando se cuestiona esta idolatría del tiempo, como la llamaba Raymond Aron, emerge la tensión entre modernos y posmodernos. Pero hay otra tensión que no podemos ocultar: la que contrapone natural/artificial<sup>3</sup>, la que impone a nuestras máquinas una existencia al margen de la que tienen nuestros cuer-

pos<sup>4</sup>. Tal afirmación ignora, no sólo que son extensiones de nuestra sensibilidad, como explicó Merleau Ponty, sino artífices de nuestra sociabilidad. En fin, el debate que aquí queremos movilizar no es el que sostiene la importancia de la historia, sino el que reclama mayor atención para la tecnología.

Nuestra cultura sigue empeñada en identificar el presente con las mismas tecnologías y en los mismos espacios heredados del barroco y la Ilustración. Usamos los ordenadores como si fueran máquinas de escribir, pero más finas. Es como si saliéramos a buscar pateras con portaa-

viones. Habitamos un mundo embobado ante horizontes periclitados, empeñándonos en vivir el sueño de nuestros abuelos. No importa que un porcentaje creciente de los materiales y los códigos con los que están hechas las cosas se hayan producido en los últimos años. Tampoco cuenta el hecho de que en los próximos dos años vayamos a fabricar tanta información como *los 12 Exabytes*<sup>5</sup> que la humanidad ya ha producido en los últimos 300.000 años. Son pocas las instituciones cultura-

---

<sup>5</sup> Para describir una simple letra en el lenguaje digital necesitamos un byte. Un cuento breve tiene mil bytes, es decir un Kilobyte (Kb). Un libro sube hasta el millón de bytes, 1 Megabyte (Mb). Una canción, sin embargo, tiene 3 o 4 Mb. Un Exabyte (Eb), equivale a 50 mil bibliotecas como la US Library of Congress (Washington), con 18 millones de libros situados en unos mil kilómetros de anaqueles. 1 Eb es un millón de Terabytes (Tb), y un Tb es un millón de Mb. O sea que 1Eb son 1 trillón de bytes. Para imprimir los 18 Tb que ocupan todos esos libros se necesita convertir en papel cerca de un millón de árboles. Y ya, para terminar con estas cuentas, dos referencias más. Si almacenáramos toda la información producida el año pasado, ocuparía tanto espacio como el que necesitamos para grabar todas las palabras habladas por la población mundial desde el comienzo de los tiempos. Y, por fin, si archiváramos esa información en diskettes convencionales, necesitaríamos una estantería cuya altura sería 50 veces mayor que la distancia que hay entre la Tierra y la Luna.

---

<sup>3</sup> Dona Haraway, *Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995

<sup>4</sup> Merleau-Ponty abogó por una fenomenología basada en la centralidad del cuerpo en todo cuanto tuviera que ver con percibir o sentir el mundo. Lo corporal no se agota en lo fisiológico, como lo prueba que la visión de nuca de la mujer sea para los orientales tan excitante como para nosotros lo son sus pechos. Resulta entonces muy razonable seguir a Foucault cuando habla de prácticas corporales (o sexuales) socialmente construidas, donde lo carnal se eclipsa ante lo cultural. Por su parte, Norbert

---

Elias, estudiando la disciplina de los gestos y las posturas o la gestión de los rubores y los excrementos, probó que tales asuntos eran medulares si queríamos comprender los códigos que sostienen el orden social. Don Ihde, sin embargo, piensa que estas propuestas son insuficientes para entender la situación actual, pues los cuerpos de los que estábamos hablando tienden a ser inertes frente a las nuevas tecnologías o, por el contrario, son considerados demasiado receptivos y maleables por la tecnociencia. De ahí que Ihde proponga una nueva concepción del cuerpo inseparable de las tecnologías en las que se apoya y que a la postre lo constituyen. Don Ihde, *Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*, traducción de Cristian P. Hormazábal, Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona, 2004.

les preocupadas por el hecho de que las tecnologías reproductivas estén aflorando una panoplia de nuevos seres vivos, nacidos del maridaje entre las máquinas y los órganos. Y es que, en efecto, todo se está plagando de quimeras, entes que pueden ser considerados como una reordenación con nuevos propósitos de masas ingentes de información previa. Y conste que al decir propósitos no estamos avalando ninguna teleología, sino hablando de tareas que pueden programarse y de máquinas que se pueden mover, escalar y replicar.

Salvando las distancias que deban salvarse, vivimos un momento que nos recuerda bastante a la Ilustración. También entonces hubo una proliferación de nuevas tecnologías, desde los instrumentos de medida a las maquinarias y/o estructuras de movilización de objetos, empezando por los carruajes, los barcos y las postas, sin olvidar la imprenta y los museos, y terminando por la prensa, las escuelas y las sociedades cívicas. Dejamos a un lado y sólo mencionamos la relación entre incremento de la población y mejora de la dieta, la higiene y el comercio. Sabemos que todo está interconectado, aunque el hito que aquí queremos subrayar es el que se crea entre la aparición de nuevas tecnologías y la emergencia de la esfera pública. Detengámonos en algunos detalles muy convenientes.

Ninguna sociedad puede sobrevivir sin algunos acuerdos que otorguen cierta estabilidad a sus estructuras más frágiles. De ahí que nadie discuta que los valores son importantes, pero si hubiese un grupo de gentes con ganas de entenderse, enemigos de la arbitrariedad y proclives al rigor, tendrían que ponerse de acuerdo en lo que significan estas palabras. Sabemos, además, que es casi seguro que acabarían discutiendo sobre asuntos medibles y pesables, y que, por tanto, tendrían que obligarse a identificar las máquinas que iban a emplear y los protocolos con los que ordenar y luego comunicar sus datos. Tendrían, en fin, que habilitar tecnologías capaces de desanclar los fenómenos respecto del terruño, el campanario y la etnia. En definitiva, lo que queremos decir es que una conversación sobre valores puede acabar convirtiéndose en un debate sobre tornillos y ajustes, es decir, sobre el calibrado de instrumentos o la aberración de lentes. En pocas palabras, separar las ideas de las técnicas con las que se producen y movilizan implica abstracciones que nuestro mundo ya no se puede permitir. Lo que importa en estas tecnologías de desanclaje o patrimonialización no es si

son artificiales o foráneas, sino que actúan como instrumentos políticos creadores de nuevos consensos. Son, en consecuencia, máquinas morales y fundamento del orden cívico. Sin ellas no habría contrato social<sup>6</sup>.

Pero hay más. Si es verdad, como aquí estamos sosteniendo, que las ideas son inseparables de los instrumentos con las que los producimos, entonces hemos de admitir que los humanos habitamos ese espacio de consenso (colectivo y construido, en consecuencia) que habilitan las tablas, los mapas, los arqueos, los códigos y los diagnósticos. Desde esta perspectiva, la realidad sólo sería una excrecencia tecnológica, el espacio que conforman todos los objetos tecnocientíficos<sup>7</sup>. Expresiones tales como “lo de fuera”, “el entorno”, “lo que no soy yo”, “la naturaleza” aluden a espacios más o menos asimilables unos a otros, poblados por animales o estrellas, pero en los que nunca encontraremos al Estado o, en otros términos, en los que jamás un arqueólogo desenterrará un estadillo de cuentas, una previsión meteorológica o un listado alfabético. Apelamos a la realidad siempre que buscamos un ámbito en el que fundar una autoridad, siempre que necesitamos fortalecer una opinión o suprimir la distancia entre las palabras y los hechos. Pero los hechos no son eventos espontáneos; tampoco surgen del orden que les impone quien los mira

---

<sup>6</sup> Para conocer detalles sobre cómo los instrumentos producen valores y consensos hay que leer a Lorraine Daston, *The Moralized Objectivities of Science*, en Wolfgang Caarl & Lorraine Daston, eds., *Sonderdruck aus Wahrheit und Geschichte*. Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1999, págs. 78-100). También, Nuria Valverde, *Instrumentos científicos, opinión pública y economía moral*. Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, Programa Ciencia y Cultura, enero 2004. Pero más allá del espacio del laboratorio, la cuestión de la producción de orden social mediante la movilización de tecnologías ha recibido amplia atención. Y, desde luego, es obligado mencionar los trabajos de Bruno Latour, quien narra en clave de caso (policial) la ligazón entre conocimiento técnico, eficacia y consenso social en *Aramis or the love for technology* (1992); un problema cuyos presupuestos teóricos (y ontológicos) se exponen con mayor fineza, y en diálogo con las críticas vertidas a las ciencias sociales tras el affaire Sokal, en *La esperanza de Pandora* Gedisa, Barcelona 2001. Un estudio concreto y exquisito sobre las características mínimas de cohesión tecnológica y los márgenes de flexibilidad que permiten la adaptación local de las máquinas, puede encontrarse en Marienne De Laet y Annemarie Mol, *The Zimbabwe Bush Pump: Mechanics of a Fluid Technology*, Social Studies of Science, 30: 225-263, 2000.

<sup>7</sup> Bruno Latour, *Mixing Humans with Non-Humans: Sociology of a Door-Closer*, Social Problems 35: 298-310, 1988; Bruno Latour, *Technology is Society Made Durable*, en John Law, ed., *A Sociology of Monsters. Essays on Power, Technology and Domination*, Sociological Review Monograph 38: 103-132, 1991; Dona Haraway, *Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid 1995

o los narra; sólo dejan de ser ocurrencias cuando emergen de la mediación entre nosotros y nuestras máquinas<sup>8</sup>.

El agua no nos necesita. Pero el H<sub>2</sub>O no podría sobrevivir sin un ejército de químicos, médicos e ingenieros que la recreen constantemente en sus laboratorios, sus libros, sus planos, sus proyectos. La explicación es sencilla, pues, mientras el perejil es fruto de la evolución, el *Petroselinum sativum* es hijo de los botánicos, como la balanza de pagos de los economistas, los quipus de los antropólogos y la corriente del Niño de los Geógrafos. Todos estos objetos son criaturas científicas que nada tienen que ver con la existencia de una naturaleza primigenia o mancillada. Todos esos objetos no son naturales, no existen al margen del ingenio y la manipulación. Son artificiales y entre todos tejen la trama de eso que llamamos realidad, incluyendo la tabla de los elementos, la explicación de las mareas, de la fiebre o de las especies, sin olvidar la teoría de errores, la de la combustión, la de los colores y la del valor; conforman un ambiente artificial, creado mediante el concurso de todas nuestras tecnologías, desde la enciclopedia a la estadística, pasando por los principios clasificatorios, las cubas electrolíticas y las tablas astronómicas.

La realidad, sin embargo, se ha convertido en un concepto demasiado elusivo<sup>9</sup>. No cuestionamos la pertinencia de las preocupaciones ontológicas. Pero lo cierto es que la realidad tiene un peso tan grande en nuestro imaginario político y moral porque siempre se expresa con parámetros cuantitativos, lo que prueba la existencia de amplios consensos sobre las magnitudes que la determinan y los modos de calibrarlas. Lo extraño, sin embargo, es el enorme esfuerzo que hacen nuestras instituciones para sugerir que los valores derivan de principios naturales y no de acuerdos entre las gentes y sus máquinas. Es cierto, la realidad y los hechos son la misma cosa, pero el problema se plantea cuando queremos discriminar entre hechos y opiniones. Al introducir tales

---

<sup>8</sup> Este fue el argumento principal del conocido “Nunca hemos sido modernos”, *Debate*, Madrid 1993 de Bruno Latour, un texto que califica de milagrosa (e injustificada) la repentina irrupción en nuestra cultura de los hechos, unos entes de nuevo cuño utilizados como banco de prueba en las discrepancias y fundamento de la historiadores pusieran el mayor mimo en analizar la vida de quienes mejor encarnan nuestros ideales de sabiduría y rigor para averiguar cómo pudieron otorgar tanta autoridad a sus propuestas.

<sup>9</sup> Quien prosiga la lectura de estos párrafos percibirá la influencia de la obra de Ian Hacking, “Representing and Intervening”, *Cambridge University Press*, Cambridge 1988.

matices salen al escenario los expertos y toda la panoplia de artilugios que suelen utilizar para medir el pulso, hacer balances y establecer genealogías<sup>10</sup>.

Lo mismo le ocurre al patrimonio. Hay mucho mérito en saber lo que debemos preservar, una operación que no tiene nada de obvia. A veces, los museos presentan sus tesoros como si todo lo allí mostrado, desde el edificio al último objeto, pasando por las vitrinas y los catálogos o los visitantes y sus gestos, todo, decimos, cualquier cosa sin excepción, no hubiese alcanzado su significación tras un largo proceso de construcción del valor. ¿Cómo sabemos que el destino de los meteoritos y los ammonites, o el de los penachos, las probetas, los manuscritos y las estelas es un museo? Desde luego, hace falta mucha sensibilidad (o autoridad), pero nada podríamos hacer sin las muchas herramientas necesarias para objetivar algunas características que podamos calificar de exclusivas o determinantes. La relación entonces entre patrimonio y tecnología, como vemos, es profunda. Tanto que, como ya dijimos, no puede haber patrimonio sin las múltiples técnicas necesarias para sostenerlo, desde los aparatos de calibración a los de datación, por no mencionar todos los *gadgets* que aseguran la representación, reproducción, exhibición y otras movilizaciones que permiten a los objetos patrimonializados transitar desde los impresos a los museos y desde los yacimientos a las marcas.

La ciencia es un conjunto de prácticas que tratan de identificar las regularidades medibles en todo cuanto nos rodea y, en consecuencia, proyecta sobre el mundo la ilusión de que es estable. Ya hemos explicado que las mencionadas permanencias, la realidad, son una creación humana. Tenemos muchos ejemplos que nos avalan, pero ninguno es más calamitoso que la noción de raza o más simpático que la asignación de siete colores al arco iris. Pocos, sin embargo, son más apropiados que la crítica que el naturalista Buffon (o Goethe y todos los románticos, incluidos los científicos) hizo de la noción de especie, un artefacto conceptual que creó barreras artificiales en el mundo de las plantas y los animales.

<sup>10</sup> Cf., T. Porter, "Trust in numbers. The Pursuit of Objectivity in Science and Public Life", *Princeton University Press*, Princeton 1995; también, Ian Hacking (1990) "La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos", *Gedisa*, Barcelona 1995.

Como quiera que sea, es cierto que las prácticas científicas, a la par que otorgan o quitan objetividad, crean o hacen visibles los objetos. Dicho proceso, siguiendo con las obviedades, no sólo tiene un carácter público (debe ser publicitado y compartido), sino que es comunal (debe ser coproducido y consensuado). El cometa de Ticho, el prisma de Newton, el oxígeno de Lavoisier, los pinzones de Darwin, los *quanta* de Planck o las *drosophilas* de Morgan no pertenecen a nadie, conforman un patrimonio de la humanidad. Y así fueron percibidas otras producciones del siglo XVIII, como las terapias con la quina, la pastilla del caldo de carne, el megaterio de Bru, los métodos para la determinación de la longitud por las distancias lunares o el propuesto por el barón von Borg para la amalgamación de la plata. Había un orgullo, incluso connotado con sentimientos nacionalistas, en quien hacía el descubrimiento pero también una conciencia de que su hallazgo no pertenecía a nadie.

Y ahora imaginemos esa proliferación de nuevos objetos que la ciencia ilustrada hizo visibles y que, además de colonizar el imaginario colectivo, fueron poco a poco encontrando su sitio en la urbe. En todas las ciudades de Europa aparecen jardines botánicos, galerías de máquinas, gabinetes de Historia Natural, museos numismáticos, bibliotecas públicas, pinacotecas... que no solamente hacen públicas y reordenan viejas colecciones antes reservadas a la aristocracia, sino que también se mezclan con los objetos más nuevos y ordinarios, desde una roca basáltica a un arado, incluyendo porcelanas exquisitas, dibujos del Teide, planos de Quito y muestras de la platina. Los museos se expanden por la urbe a la misma velocidad que la ciencia moderna.

El mundo es presentado según las categorías de lo observable<sup>11</sup>. Se acentúan así las diferencias, todo cuanto es medible, pesable o escindible, al contrario de lo que sucedía en el coleccionismo renacentista y barroco, que trataba de insinuar las conexiones ocultas, antes que

<sup>11</sup> Eileen Hooper-Greenhill, "The Museum in the disciplinary Society", in Susan M. Pearce, ed., "Museum Studies in Material Culture", *Leicester University Press*, Leicester 1989, págs. 61-72. E. Hooper-Greenhill, "Museums and the Shaping of Knowledge", *Routledge*, London 1992. Ver también de Hooper-Greenhill, "The Space of the Museum", [http://subsol.c3.hu/subsol\\_2/contributors3/greenhilltext.html](http://subsol.c3.hu/subsol_2/contributors3/greenhilltext.html). También Ludmilla Jordanova, "Objects of Knowledge: A Historical Perspective on Museums", in Peter Vergo (ed.), *The New Museology*, Reaktion Books, London 1989, págs. 22-40.

los rasgos perceptibles<sup>12</sup>. Y así el museo moderno quedó configurado como una institución cuya función no es presentar objetos únicos, sino fragmentos significativos de series unificadas. ¿Qué series, qué objetos? ¿Puede haber museos que no busquen lo excepcional? Sí. Sí, porque lo único no tiene que coincidir con lo extravagante o lo misterioso, sino con lo armónico, lo transparente o lo universal. ¿Y a quién pertenecen estos valores? ¿Quiénes deben ser de origen los propietarios de los objetos que los representan y sostienen? Fueron creados mediante nuestras tecnologías y sólo pueden ser bienes comunales. Nacieron para ingresar en el fondo que conforman los *commons*. Son parte del procomún<sup>13</sup>.

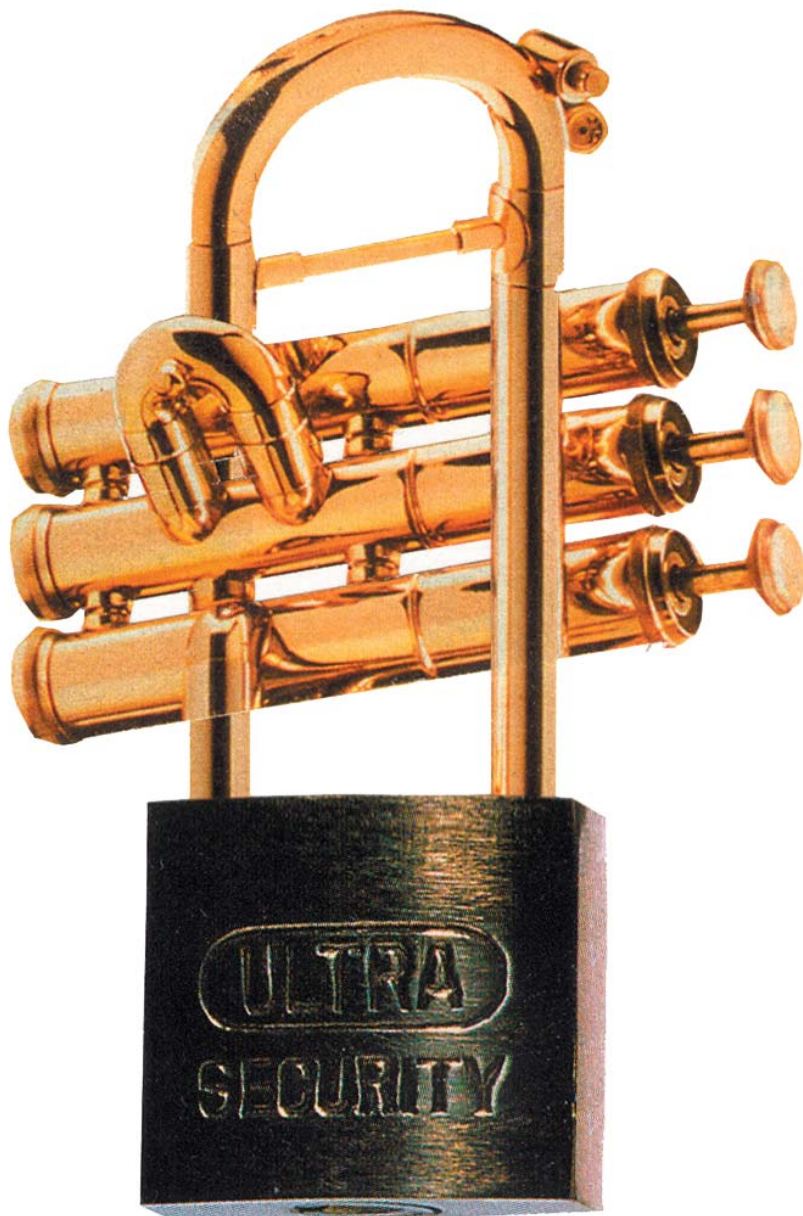
### La primera floración de los comunes: museos y luces

Toda esta línea argumental sería sospechosa si no vinculáramos la noción de patria a la de patrimonio. Y a eso vamos. Porque durante la Ilustración se otorgó valor a muchos objetos que daban cuenta del ideal de civilización que se estaba acunando y, entre ellos, sería absurdo desdeñar los que tienen que ver con la historia o la arqueología. Y entre las muchas maneras de adentrarnos en ese mundo, pocas son más prometedoras que las que conectan la idea de ruina o crisis con la de patria o patrimonio amenazado. La preocupación por la decadencia de antiguas glorias (bíblicas o imperiales) debía ser explicada, pues durante la Ilustración se hizo lugar común la idea de que nada sucedía porque sí ni era fruto del acaso<sup>14</sup>. Y, desde luego, encon-

<sup>12</sup> Cf. Juan Pimentel, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Marcial Pons, Madrid 2003, especialmente el capítulo 4 "La naturaleza representada: el Gabinete de Maravillas de Franco Dávila", págs. 149ss. También, Oliver Impey & Arthur MacGregor, eds., *The origins of Museums. The Cabinet of Curiosities in Sixteenth and Seventeenth Century Europe*, Clarendon Press, Oxford 1985.

<sup>13</sup> *Procomún*: sustantivo masculino, derivado de "pro" (provecho) y "común", y que significa "utilidad pública" (DRAE). Aquí se utiliza para traducir el término inglés *commons*, que literalmente significa *campos comunales*. El procomún es un tipo particular de ordenación institucional para gobernar el uso y la disposición de recursos. Su característica prominente, que la define en contraposición a la propiedad, es que ninguna persona individual tiene un control exclusivo sobre el uso y la disposición de cualquier recurso particular. Cf. Yochai Benkler, "La economía política del procomún", <http://www.sindominio.net/biblioweb/telematica/yochai.html>

<sup>14</sup> Con toda claridad lo expresaba, entre otros muchos Sempere y Guarinos, uno de los mayores apologetas de Carlos III y su reinado, "...porque ni la prudencia, ni la infelicidad de las naciones son efectos puramente del acaso". Juan Sempere y Guarinos (1788), "Historia del Luxo, y de las leyes suntuarias de España", *Imprenta Real*, Tomo I. Madrid, pág. 18.



trar las causas de algún declive demanda prácticas de objetivación que puedan ser contrastadas<sup>15</sup>. La historia, entonces, deja de ser crónica y hagiografía, y se convierte en una empresa pública, es decir, disciplinar y, por tanto, política. Y como buscar explicaciones demanda mucho método, muchos datos y mucho cálculo, los eruditos se dedican a buscar en el pasado atisbos de estrategias, invenciones, cómputos o trazas, que manifiesten un orden susceptible de evolucionar y/o deteriorarse. En este punto los problemas se amontonaban, pero había dos que alcanzaron una urgencia mayor: primero, habilitar las tecnologías de datación y localización, el cuándo y el dónde que articulan el discurso histórico; y, el segundo, consensuar las variables (invenciones técnicas, construcciones

arquitectónicas, procesos productivos o representaciones gráficas) cuya huella pudiera definir la flecha del tiempo; o sea, los signos del progreso. Situar en el centro del relato histórico una constelación de artefactos, virtuales o mecánicos, implicaba ver el mundo de las invenciones como un logro que, a diferencia del artístico, era de naturaleza colectiva y cotidiana, fruto anónimo de la aquilatación (local) y de la imitación (secular) de prácticas dispersas<sup>16</sup>.

Las consecuencias acabaron siendo espectaculares. El conocimiento técnico debía ser también un patrimonio común que circulara libremente, lo que demandó un novedoso sistema de patentes, mayor reconocimiento para los maquetistas y dibujantes técnicos, y una tenaz guerra

contra las corporaciones<sup>17</sup>. Y para los historiadores también había una tarea por delante, pues el valor de las cosas se confunde con la dificultad para producirlas y, en consecuencia, dejan de ser pedruscos o garabatos los objetos que testimonian algún grado contrastable de pericia o civilización. O sea, que sí, que tenemos un pasado común (de todos y de nadie, al mismo tiempo), y aquí está la segunda novedad, que es técnico. Lo que hay de imitable en el pasado son sus procedimientos, ocultos u olvidados, y así se logra la extraña cuadratura del círculo que ve en las tecnologías del pasado la raíz de un patrimonio común y el hilo conductor de un discurso capaz de homogenizar la pluralidad de historias locales o regionales.

No nos extraña entonces el furor coleccionista que se apodera de todas las cortes, imperiales o no, metropolitanas o provinciales, como tampoco podría sorprendernos su correlato más obvio: la proliferación de excavaciones y profanaciones. Y, en efecto, sobran documentos que nos hablan de los encargos que recibieron los expedicionarios, ya sea por las colonias, ya sea por las provincias, en donde queda claro que nada debía quedar fuera de su atención. Ninguna antigüedad está carente de interés, desde las monedas y los restos arqueológicos a cualquier útil religioso, sin importar el material, el artista o la técnica que lo produjo. La riqueza florística, los usos terapéuticos y productivos, los fondos archivísticos, los recursos geológicos, agrarios y forestales, también ocupan su sitio entre los encargos. Durante la Ilustración se consolida el primer gran movimiento de hipertrofia patrimonial y monumentalista<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Antonio M. Moral Roncal, (1998), *Gremios e Ilustración en Madrid (1775-1836)*. Actas ed. Madrid.

<sup>18</sup> Nada lo puede probar mejor que la Real Cédula del 6 de julio de 1803, redactada según una Instrucción de la Real Academia de la Historia, sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos "Por monumentos antiguos se deben entender las estatuas, bustos y baxos relieves, de cualesquiera materia que sean, templos, sepulcros, teatros, anfiteatros, circos, naumachias, palestras, baños, calzadas, caminos, acueductos, lápidas ó inscripciones, mosaycos, monedas de qualquiera clase, camaferos: trozos de arquitectura, columnas miliarias; instrumentos músicos, como sistros, liras, crótalos; [instrumentos] sagrados, como prefericulos, simpulos, lituos, cuchillos sacrificatorios, segures, aspersorios, vasos, trípodes: armas de todas especies, como arcos, flechhas, glandes, carcaxes, escudos; [instrumentos] civiles, como balanzas, y sus pesas, romanas, relojes solares ó maquinales, armilas, collares, coronas, anillos, sellos: toda suerte de utensilios, instrumentos de artes liberales y mecánicas; y finalmente cualesquiera cosas, aun desconocidas, reputadas por antiguas, ya sean Púnicas, Romanas, Cristinas, ya Godas, Arabes y de baxa edad". Por esta cédula la Real Academia de la Historia

<sup>16</sup> Vid. Liliane Hilaire-Pérez, *Diderot's views on artists' and inventors right: invention, imitation and reputation*, International Conference on Technological Policy and Innovation. Economic and historical perspectives (CNRS-OECD-CREST-NBER) en [www.panoramix.univ-paris1.fr/INNOVATION/Papiers%20colloque/HilairePerez](http://www.panoramix.univ-paris1.fr/INNOVATION/Papiers%20colloque/HilairePerez)

<sup>15</sup> Antonio Lafuente y Nuria Valverde (2003), "Las políticas del sentido común: Feijoo contra los dislates del rigor", en Inmaculada Urzainqui, ed., "Feijoo, hoy", *Fundación Gregorio Marañón / Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII*, Oviedo, págs. 131-157.

Y es que, en efecto, interesa todo. Decir, sin embargo, que algo adquiere la condición de bien patrimonial implica que el objeto es sometido a varios regímenes disciplinarios. El primero trata de informarlo según las tecnologías accesibles, ya sea para definir su composición o datación, ya sea para reducirlo a un plano o fijar sus dimensiones. La química, la cronología y la planimetría, entre otros saberes, funcionan como ciencias auxiliares, y sus dictámenes son importantes para todo lo que tenga que ver con la preservación de la pieza. Ya lo dijimos: un objeto sólo está bien informado cuando se publicita el valor de los parámetros que definen sus características, así como los procedimientos empleados para medirlos. Otorgar a un objeto valor patrimonial equivale a determinarlo científica y jurídicamente. Hablamos entonces de un patrimonio que sólo puede ser construido mediante el concurso intensivo de nuestras tecnologías y, en consecuencia, que sólo puede ser defendido (preservado) si mantenemos aquellos parámetros que definían su valor dentro de márgenes de oscilación razonables.

El segundo régimen disciplinario que mencionábamos es el mercado. Al proteger algo contra el intercambio comercial, se favorece la emergencia de un tráfico, público y privado, de objetos parecidos o de simples copias. En este punto los museos desempeñan una función decisiva, pues, igual que los hechos adquieren verosimilitud al ser experimentales, los objetos centuplican su valor al entrar en un museo. El laboratorio y el museo funcionan entonces como lanzaderas que impulsan la movilidad en dos redes distintas y complementarias: la de objetos científicos y la de objetos patrimoniales, la de la ciencia y la del patrimonio. Y al igual que durante el siglo XVIII no podría sobrevivir la botánica sin los boticarios, los jardineros y los dibujantes, lo mismo le ocurre a los arqueólogos sin el enjambre de traficantes, coleccionistas y tasadores. No es fácil distinguir a un investigador de un tasador y, miremos donde miremos, siempre encontraremos varias tropillas de peritos, doctos, entendidos y enterados, compartiendo el

pasaba a encargarse del cuidado de las antigüedades, lo que suponía el inicio de la legislación arqueológica en España, aunque este temprano desarrollo se vio interrumpido a consecuencia de la Invasión Francesa y los azarosos comienzos del siglo XIX. Algo parecido sucedió en el campo de la historia natural. En 1776, año de la apertura al público del Gabinete de Historia Natural, el Rey proclamó una instrucción sobre la actitud que debían las autoridades informar al Gabinete respecto a las riquezas naturales que pudiesen encontrarse en todos sus reinos.

objeto y contribuyendo a su agitación y permuta.

Y así quedaron los museos configurados como instituciones que preservaban, espacial y técnicamente, entre paredes y disciplinas, todo cuanto tenía valor, estaba amenazado y cupiese dentro. En general, se apreciaba la originalidad y se premiaba la excepcionalidad, ya fuese por la pericia, ya fuera por la rareza; pero lo cierto es que la mayoría de los museos que se inauguraron acumulaban reproducciones, maquetas, especímenes o modelos, es decir, objetos reemplazables. No se trataba entonces de piezas únicas, y su mérito principal era ser parte de una colección, sustentar la ilusión de que el mundo (o al menos algún fragmento significativo) era abarcable. Así, en todas las cortes había un lugar donde guardar una buena piritita, un diente de nerval, el árbol de la buganvilla, un peto ritual filipino y, digamos, el feto de unos siameses. La forma en la que llegaron los objetos a los anaqueles fue muy variada. Hoy, quizá con demasiada premura, decimos que son parte insoslayable del patrimonio nacional, aun cuando se trate de colecciones completas adquiridas en el extranjero, como ocurrió con el madrileño Gabinete de Historia Natural<sup>19</sup>. Esto pasa también, por poner el ejemplo más evidente, con los libros, objetos asociados al patrimonio nacional y que pueden haber sido escritos por extranjeros enemigos declarados del país que alberga el museo o la biblioteca. Los museos, sin embargo, añaden al mundo algo que no poseen los libros, y es su carácter doblemente fronterizo<sup>20</sup>: primero, ya lo dijimos, porque los objetos valen y cuestan, y, segundo, porque todos están traficando entre lo

---

<sup>19</sup> Cf. Agustín J. Barreiro, *El Museo de Ciencias Naturales (1771-1935)*, Doce Calles, Madrid 1992. También María de los Ángeles Calatayud, *Pedro Franco Dávila y el Real Gabinete de Historia Natural*, CSIC, Madrid 1988.

<sup>20</sup> El concepto de *boundary objects* fue introducido por S. Star (1989) para identificar herramientas intelectuales compartidas (y usadas de forma distinta o peculiar) por varias comunidades de practicantes (communities of practice). Vid.: Susan L. Star & J. Griesemer, Institutional ecology, "translations" and boundary objects: amateurs and professionals in Berkeley's museum of vertebrate zoology, *Social Studies of Science*, 19: 387-420, 1989. S. L. Star, *The Structure of Ill-Structured Solutions: Boundary Objects and Heterogeneous Distributed Problem Solving*, in L. Gasser & M. Huhns (ed.), *Distributed Artificial Intelligence*, Morgan Kaufmann, San Mateo, 1989. Gieryn ha ampliado el concepto para que puedan alcanzar la condición de boundary las cosas, los procesos, las gentes o las ideas, siempre que sean capaces de hacer porosos los límites que separan los diferentes órdenes sociales. ver T.F. Gieryn, *Boundaries of science*, in S. Jasanoff, G.E. Markle, J.C. Peterson, & T. Pinch (eds.), *Handbook of science and technology studies*, Sage Publications, págs. 393-443. Thousand Oaks, CA 1995.

simbólico y lo ontológico, todos quieren ser una representación fidedigna de algo, y todos, además, aspiran a contener alguna esencia que los convierta en piezas únicas. Todos son un teorema y, a la par, un tesoro. Cada objeto ha sido satelizado por una estructura conceptual estable y ordenada, mientras que en paralelo (y debido a su singularidad y al mercado) hace que aparezcan relaciones imprevisibles y aleatorias con los otros objetos a los que se conecta. Así que un museo es mucho más que la suma de las cosas que contiene, pues también hay que contar, como diría Bourdieu, con los campos (artístico o científico) que lo sostienen y los mercados (de capital simbólico o comercial) que favorece.

Abundan las interpretaciones que quieren ver en esas instituciones hitos del espíritu utilitarista, signos del ascenso imparable del capitalismo. Pero en semejantes simplificaciones nos perdemos los matices, justo los detalles que marcan la diferencia. Por ejemplo, hubo jardines en lugares que no eran cabeza o apéndice de imperio alguno, como también se abrieron museos cuya utilidad era más que discutible.

El megaterio que Juan Bautista Bru instalara en el Real Gabinete de Historia Natural es un hito de la paleontología española ilustrada<sup>21</sup>. Y, claro, en este caso tenemos que olvidarnos de las interpretaciones más tradicionales y buscar otra forma de dar sentido a estas exhibiciones del talento. Los huesos encontrados en el yacimiento fueron ensamblados y levantados del suelo para mostrar un cuadrúpedo gigantesco. Fue un error que luego aclararía Cuvier cuando probó que pertenecían a un perezoso ya extinto. Pero no es de los fallos de datación o atribución de lo que queremos hablar (si así fuera, gran parte de lo que contienen los museos sería severamente cuestionado), sino de un objeto que estaba allí para probar que era muy pequeña la cantidad

---

<sup>21</sup> Con el descubrimiento en 1787 por el fraile de origen argentino Manuel de Torres, en las inmediaciones de la villa de Luján, cerca de Buenos Aires, de la osamenta de un gigantesco animal desconocido, comenzaba uno de los capítulos más interesantes de la historia de la paleontología. Los huesos, embalados en siete grandes cajones, fueron remitidos al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde el disecador Juan Bautista Bru procedió a ensamblarlos, tarea que concluyó en 1793. Francisco Pelayo, *Del diluvio al megaterio. Los orígenes de la paleontología en España*, Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia, Madrid 1996; José María López Piñero, y Thomas F. Glick, *El megaterio de Bru y el presidente Jefferson. Una relación insospechada en los albores de la Paleontología*, Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia, XLII, Valencia 1993.

de formas zoológicas que sustentaban la inmensidad de especies existentes. Herbívoro o perezoso, prehistórico o actual, americano o europeo, las recurrencias que encontraron los ilustrados eran tan fascinantes como las diferencias que buscaban los barrocos, pues cualquiera que fuese el orden que impusiéramos a los huesos, siempre tendríamos una cabeza, dos ojos o cinco dedos. No es que el megaterio fuese una pieza rara, que lo era; lo importante es que nos enseñaba que el mundo tenía sentido o, más precisamente, que tenía un nuevo sentido. Y, por eso, el megaterio era una pieza errónea e inútil, y, sin embargo, impar.

Vengamos con otro extraño ejemplo: las ceras anatómicas desmontables e hiperrealistas que se pusieron de moda en la Europa de las últimas décadas del siglo XVIII<sup>22</sup>. Y entre ellas ningunas más impactantes que las de obstetricia, porque, debido a la profusión de detalles y tonalidades, resultan más vehementes que concienzudas<sup>23</sup>. Ciertamente, lo que de tético hay en aquellas ceroplastias contribuye a sustituir el estupor ante el cuerpo quirúrgico por el pánico al cuerpo espectral. La carne sonrosada se torna en cerumen macilento y, desde entonces, el cuerpo deseado se transforma en cuerpo político. El ciclo completo de todas las movilizaciones lleva la carne desde la mesa de operaciones a la galería de estudio, transformando el pudor ante aquellas vísceras y oquedades en un frenesí experimental colectivo. Y así el cuerpo de la mujer deja de ser un asunto privado, entre parteras y comadronas, para convertirse en una preocupación pública, un asunto para

---

<sup>22</sup> Entre las muchas iniciativas que surgieron, hay que mencionar el Museo de Anatomía que se instaló en el Real Colegio de Cirugía de San Carlos, creado por Real Cédula en 1787 por Carlos III.

<sup>23</sup> El cuerpo despertaba un interés general. Había un público asiduo a las disecciones de cadáveres de los Reales hospitales, como lo demuestra la creciente afluencia de público a las disecciones anatómicas entre 1795 (año en que Lacaba cambia los horarios de la mañana a la tarde para que los aficionados puedan asistir) y 1806 (en que el anatomista Rodríguez del Pino se queja de que más de 200 personas se agolpan, de modo insano, en un espacio tan reducido). Cf., M. E. Burke, *The Royal College of San Carlos. Surgery and Spanish Medical Reform in the Late Eighteenth Century*. Duke University Press, pág. 93, Durham 1977. Los muertos, a su vez, eran objeto y razón de un continuo trasiego: unas veces eran los artistas los que solicitaban una disección en el Hospital General, otras eran los cadáveres los que viajaban a la Real Academia de Bellas Artes San Fernando (Cf., Juan M. Núñez Olarte, *El Hospital General de Madrid en el siglo XVIII*. CSIC, págs. 252-253, Madrid 1999. La medicina ofrecía, además, otros entretenimientos: el Colegio de Cirugía de San Carlos, por ejemplo, exhibía al público su colección de modelos anatómicos de cera.

cirujanos y tocólogos<sup>24</sup>. La exhibición pública de cuerpo de la mujer no es asunto menor, porque el tránsito que va desde la alcoba a la galería es el mismo que lo lleva desde la cama al tribunal. Al hacerse público, el cuerpo se convierte en un asunto político<sup>25</sup>, algo demasiado importante para dejarlo en manos de la Iglesia. Los científicos parecen ser sus nuevos destinatarios, sustituyendo los óleos de la virgen por las ceras anatómicas y los templos por los gabinetes o museos. El cuerpo de la mujer cambia tanto como las técnicas para representarlo y los espacios para mostrarlo. Y, al igual que las tierras de labor, se transforma en un nuevo campo de experimentación sobre el que se legisla. En la mujer, sin embargo, hay mucho más que anatomía. Su energía procreadora tiene que alcanzar la condición de bien comunal. Para los ilustrados no había alternativa: si la maternidad no podía seguir siendo una posibilidad<sup>26</sup>, sino una obligación, su cuerpo tenía que ser un asunto de la incumbencia pública, un territorio que debía ser normalizado técnica y jurídicamente<sup>27</sup>.

Recapitulemos. Hemos hablado de las antigüedades, los jardines, los yacimientos de huesos y de la reproducción de las especies. Objetos desvelados por las nuevas ciencias de la Ilustración y que estaban conformando nuevos espacios de sociabilidad. Pero lo importante, aquí, es rescatar la conciencia entonces emergente de que

---

<sup>24</sup> Los conocimientos relativos al parto estuvieron, durante años, depositados en manos de las comadronas. Los médicos de la Europa del dieciocho, alegando que los índices de mortalidad en el parto eran consecuencia de la ignorancia de las parteras, hicieron un esfuerzo por asimilar estos conocimientos a una especialidad médica.

<sup>25</sup> Ver, Ludmilla J. Jordanova, *Gender, generation and science*, en W. F. Bynum & Rpy Porter, eds., *William Hunter and the eighteenth-century medical world*, Cambridge University Press, Cambridge 1985; También, L. J. Jordanova, *Sexual Visions: Images of Gender in Science and Medicine between the Eighteenth and Twentieth Centuries*, Harvester Wheatsheaf, New York 1989.

<sup>26</sup> En su minucioso estudio sobre el conocimiento de técnicas abortivas y contraceptivas desde la Antigüedad al Renacimiento, John Riddle nos muestra cómo no siempre se consideró que la reproducción fuera el destino de la mujer. Muchas fueron las que buscaron la esterilidad u otros medios para evitar la maternidad. John M. Riddle, "Contraception and Abortion from the Ancient World to the Renaissance". *Harvard University Press*, London/Cambridge 1992.

<sup>27</sup> En la mentalidad de la época, el asunto no admitía duda. El orden de la naturaleza, desde el parto a la cría, no debía de ser alterado, pues "luego que se elude y altera el orden de la naturaleza, se altera y corrompe el moral", de modo que una mujer virtuosa será consciente del "primitivo fin" al que está destinada, de modo que eludirá cualquier tentación o razonamiento para eximirse de "la función propia y obligatoria de la maternidad". Las expresiones entrecuñadas proceden de la novela *Eusebio*, de Pedro de Montemayor.

algo como la dignidad nacional o los atributos de una especie extinta debieran ser un bien común preservado de cualquier amenaza. ¿De qué peligros hablamos? Primero, el olvido, y, después, el abuso.

Detengámonos un momento en la forma que adoptan estas realidades amenazadas, es decir, la memoria compartida, la diversidad biológica y la vida humana. Hablamos de realidades porque, en efecto, han surgido a la conciencia colectiva cuando fueron desancladas o, en otros términos, al ser cuantificadas, tabuladas, registradas; es decir, desde que insertamos como agentes mediadores nuestras tecnologías y sus protocolos de uso e inscripción. Y, puesto que hemos hablado de peligros o decadencia, tuvimos que hablar de amenaza, un término que necesariamente pone en circulación toda una constelación de nuevos actores, desde los expertos evaluadores a los oficiales, delegados y burócratas ocupados en la vigilancia, matrícula y preservación, por no hablar de la parafernalia que forman los archivos, los anaqueles, los concursos, las comisiones, los contratos, los tributos, las tasaciones o los catálogos. En pocas palabras: los ilustrados descubrieron a la par el papel de las tecnologías en la formación de consensos y la necesidad de convertir fragmentos de realidad en bien común. Y para garantizar la continuidad de los comunes y de los consensos, la fórmula más decente que encontraron fue ensanchar lo público hasta apropiarse de lo común; y de ahí surgió un colectivo de expertos cuya misión era entretener con los hilos de las nuevas tecnologías y de los nuevos comunales las formas modernas de la sociabilidad.

### La casa de los comunes: nación versus procomún

Sobre el bien común nació un patrimonio público, forjado en abundantes compromisos que entrelazaban viejos anhelos de justicia y nuevos ideales de rigor. Pero no todo bien amenazado se salva al convertirlo en patrimonio. Si alguien dijera hoy que el aire que respiramos debiera ser un *commons* tendría que diseñar de inmediato una trama de laboratorios, protocolos y normativas que definieran lo que es el aire sano, así como criterios para mejorarlo y protegerlo. ¿Sería el Estado el gestor principal de estos protocolos? Definir algo como un bien común, ¿convierte la cosa en algo necesariamente público? En la modernidad, desde la Ilustración, la respuesta es taxativa: sí, y sólo sí. Sin paliativos. Hoy, sin embargo, podemos admitir que la identificación entre lo comunal y

lo público, tiene fecha de nacimiento y tal vez de caducidad. Nació porque la gestión del común, tal como se descubrió en el siglo XVIII, era una empresa profundamente tecnológica, y sólo el Estado podía absorber los costes y disolver sus controversias.

El Estado entonces montó sobre su hegemonía tecnológica la autopista que comunica lo comunal con lo público y creó para disfrute de todos inmensos patrimonios. Ahora vemos que el conocimiento cada día se aleja más de la noción de *commons* y que, más aún, cada día se privatizan de forma inaceptable segmentos del saber, como el conocimiento tradicional, el software y el genoma. Y digámoslo en pocas palabras: todo lo que se patrimonializa puede cambiar de manos, incluidas las públicas. Para evitarlo, se hace urgente definir nuevos *commons*, cuyo mantenimiento se base en la economía del don<sup>28</sup>, pues hoy la ciudadanía dispone, por primera vez en la historia, del acceso a las tecnologías (vía Linux e Internet) y a los recursos (vía las ONG y muchos organismos internacionales) que nos permitirían sostener una cesta de comunales que fueran de todos y de nadie.

En el tránsito desde lo procomún a lo público, los bienes de los que hemos estado hablando experimentaron una doble transformación. Los objetos que los representaban fueron, de una parte, separados de las tecnologías con los que fueron producidos. La consecuencia fue inmediata: de ser piezas que ayudaban a visualizar los recursos comunales, se convirtieron en reliquias de una cultura superior<sup>29</sup>. El segundo movimiento condujo a todos esos objetos hacia los debates sobre la identidad patria, quedando entonces atrapados en las redes de la memoria y sus expertos. Poco a poco nuestros museos han perdido contacto con la pulsión que los originó como repositorios del bien común. Se han hecho entonces quizá merecedores de los muchos reproches que les dirigiera

<sup>28</sup> A veces, la economía del don, tal como la conceptualizó Marcel Mauss en 1923, funciona mejor que la del mercado. En efecto, comparando con abundantes series estadísticas la gestión de los bancos de sangre en Inglaterra, donde se obtenía por donación, y en USA, donde era comprada a los particulares que la vendían, Titmuss demostró que el sistema comercial proporcionaba una sangre menos segura y de menor pureza que la obtenida mediante el régimen de voluntariado. Richard Titmuss (1970), *The gift relationship: From blood to social policy*, Allen and Unwin, London.

<sup>29</sup> Sobre si los museos deben ser de objetos o de ideas, y sobre el papel que debemos asignarles en nuestra sociedad, ver Andrea Witcomb, *On the Side of the Object: an Alternative Approach to Debates About Ideas, Objects and Museums*, Museum Management and Curatorship, 16: 383-399, 1997

Foucault, al tratarlos como instituciones disciplinarias, al igual que la cárcel, el asilo y el manicomio. Poner las viejas colecciones de objetos nobiliarios al alcance de todos creaba una tensión prácticamente insoluble, pues la gentes sólo alcanzarían la condición de ciudadano cuando supieran apreciar los dones que ahora se les mostraban. Tal deriva otorgaba al Estado mucha capacidad de maniobra para crear y gestionar un sistema educativo; los visitantes, entre tanto, aparentaban ser entendidos imitando a las clases dirigentes, copiando embozados gestos de respetuoso silencio: justo lo contrario de lo que era habitual en la taberna o en la asamblea, donde todo el mundo se considera con derecho a tener estilo propio y opinar<sup>30</sup>. Y así ha venido sucediendo hasta la irrupción de las masas. Su función disciplinaria se ha diluido, y los museos parecen desde entonces estar atenazados por una crisis duradera. En efecto, hay distintas maneras de contar esta historia; y muchos coincidirán en que no fue secundaria la conciencia de que sus muchos costes abrieron el debate sobre cómo mantenerlos y cómo atraer nuevos visitantes<sup>31</sup>.

Hay que hacer un gran esfuerzo para no ver en los museos complejas salas de trofeos que reservan sus mejores espacios para los objetos más taquilleros. Y aun cuando no se discuta el valor simbólico de cada una de las piezas, todos sabemos que el conjunto funciona como una pasarela de vanidades. Ahí están, y es muy difícil que puedan enmendar la deriva que les convirtió en cebo del negocio turístico

<sup>30</sup> Tony Bennett, *The political Rationality of the Museum*, Continuum: The Australian Journal of Media & Culture, 3 (1), 1990, on-line en <http://www.mcc.murdoch.edu.au/readingRoom/3.1/Bennett.html>. También, Sharon J. Macdonald, *Museum, national, post-national identities*, *Museum and Society*, 1:1-16, 2003. Tony Bennet, *The Birth of the Museum. History, Theory, Politics*, Routledge, Londres 1995.

<sup>31</sup> P.J. Boylan, *The Heritage Dimension in late 20<sup>th</sup> Century Culture. Research Paper for the Council of Europe's Task Force on Culture and Development 1994-95*, on-line [www.city.ac.uk/artspol/heritage/html](http://www.city.ac.uk/artspol/heritage/html).

<sup>32</sup> John Clippinger & David Bollier, *A Renaissance of the Commons. How the New Sciences and Internet Are Framing a New Global Identity and Order*, on-line <http://www.jclippinger.com/renaissance.pdf>. Ver también la excelente página web de David Bollier, <http://www.bollier.org>

<sup>33</sup> La noción de bien público natural no deja de ensancharse. Los fondos marinos fueron proclamados "patrimonio común de la humanidad" el 10 de diciembre de 1982. De la misma manera la Luna y los cuerpos celestes también adquirieron, por el Tratado del Espacio, esta condición pues "sus recursos —dice el Tratado— constituyen el patrimonio común de la humanidad". Hay otros objetos, como la capa de ozono, la capa freática o el clima, que también se están convirtiendo a ritmo acelerado en bienes percederos. Hay otros bienes públicos creados por

co. ¿Pueden ya hacer algo que no sea desde el principio una actividad de promoción industrial? ¿Queda todavía un espacio para una cultura que no sea de grandes pintores, grandes orquestas y grandes arquitectos? ¿Hay alguien que quiera pensar cómo logramos convertir una pirita, un dragó, un fémur, el dodó o un peto en patrimonio? Todos los días nos enteramos de que algún organismo público ha declarado un paisaje —el teorema de Fermat—, una lengua amenazada, el aire que respiramos o los fondos abisales como un bien común. Muchas gentes por todo el mundo se están movilizand para arrancar de sus gobiernos compromisos que preserven de las leyes del mer-

cado el software, el genoma o Internet<sup>32</sup>. Y que al igual que no son de nadie y pueden ser utilizadas por todos las ecuaciones diferenciales, los principios de clasificación botánica, las calles de nuestras ciudades, también se abra hueco para algunas iniciativas que querrían propiciar el ensanchamiento de la noción de bien común<sup>33</sup>. ¿Qué sucedería si los herederos de Einstein reclamaran derechos sobre la archiconocida  $E=mc^2$ ?

No ignoramos que se trata de asuntos de extrema complejidad en los que se requiere el concurso de muchos actores. No obstante, vivimos momentos decisivos para la redefinición de lo que hemos venido llamando contrato social, que debe redefinirse no sólo en la dirección del multiculturalismo, sino en la más novedosa del multinaturalismo. Y, desde luego, hablar de bien común, de los *commons*, que dicen los británicos, y que en castellano estamos traduciendo por procomún, implica abrir hasta extremos inimaginables la noción de patrimonio. Necesitamos un nuevo tipo de museo que sea la casa de los comunes; es decir, que socialice y ponga en valor lo que a todos pertenece, sin escindirlo de las tecnologías con las que lo hemos producido y podemos visualizarlo. ■